

PEDRO ALCANTARA HERRAN,

EL GUERRERO DE LA PAZ

LUCIO PABON NUÑEZ

Palabras en el acto con que conmemoró el Colegio de San Bartolomé el primer centenario de la muerte de Pedro Alcántara Herrán, Manuel María Mallarino y Santos Gutiérrez.

Estos mis egregios claustros bartolinos dan hoy un claro testimonio de su legítimo orgullo ante la obra de tres de sus hijos: Pedro Alcántara Herrán, Manuel María Mallarino y Santos Gutiérrez. Los tres ejercieron la primera

magistratura de la Nación y, a fuero de bartolinos, los tres se enlazan en el culto del patriotismo y la hidalguía.

Por indicación de mi venerado maestro, el Rev. Hno. José R. Becerra, debo ahora hablar sobre el primero. La existencia de él nos suministra material para una biografía copiosa y lucientísima; pero el tiempo de que dispongo, en aras de vuestra consideración, señores, me fuerza a una muy bien apretada síntesis. Dios me dé oportunidad para un día escribir más completamente sobre este padre de la Patria.

El Militar.

Comienzo con el aspecto del hombre de las batallas. Empezó a los trece años como Cadete, al servicio de la independencia nacional. Padeció derrotas y cautiverio, y logró más tarde volver a la lucha con los suyos y ascender por sólidos merecimientos desde sargento mayor hasta general. Baste recordar que en Ayacucho sobresalió por las dotes de estratega y el arrojo heroico, al lado de Sucre y Córdoba.

Se deshacía el país en la muy sangrienta guerra de los Supremos contra el régimen de José Ignacio Márquez y parecía que, a pesar de la acción homérica de Neira, el gobierno iba a la ruina total; entró entonces a conducir las operaciones de la legitimidad Pedro Alcántara Herrán, y pudo, tras largo y penosísimo batallar, dominar la subversión.

Se encontraba en Nueva York en 1854 en gestiones privadas, cuando fue llamado a dirigir la ofensiva contra

José María Melo, usurpador del Estado. Unido a los generales Tomás Cipriano de Mosquera y José Hilario López, volvió a ser restaurador de la paz y mantenedor de la autoridad.

En 1856 los famosos filibusteros de Walker invadieron a Costa Rica. Otra vez en Nueva York, Herrán determinó viajar a la república centroamericana a intervenir en la derrota de aquellos mercenarios, que buscaban como meta la destrucción de una nación pequeña pero inmensa en el valor y la dignidad.

Desempeñaba en Washington la jefatura de nuestra representación diplomática, cuando el Presidente Mariano Ospina Rodríguez tuvo que enfrentarse en 1860 a una pavorosa rebelión. Desde el primer momento Pedro Alcántara Herrán renunció la legación y quiso regresar a participar en la defensa del orden constitucional. Ospina Rodríguez no le aceptó esa renuncia al principio; más al ver que era necesario un brazo poderoso en su apoyo, lo llamó. Herrán con el don de la convicción dominó al Gobernador de Bolívar, el rebelde general Nieto, y con el poder de las armas venció, en El Oratorio, a los intrépidos conductores de la revolución en Santander. Habría salvado una vez más la causa del derecho, si dentro de las mismas filas legitimistas no hubieran surgido recelos injustos y actos incalificables de desafecto partidista, que lo obligaron a retirarse de la lid con decoro y serenidad. Produjo entonces una información al país sobre su apartamiento, en la que la razón va ceñida al patriotismo.

El Estadista.

En plena guerra bajo el régimen de Márquez, fue Herrán elegido Presidente de la República, en 1841. Al recibir la comunicación de tal hecho, emanada del Presidente del Senado, rechazó el nombramiento. Negóse el Congreso a aceptar la dimisión, y Herrán organizó su gabinete con Mariano Ospina Rodríguez, José Acevedo Tejada y Clímaco Ordóñez, a quienes confió respectivamente los despachos de lo Interior y Relaciones Exteriores, de Guerra y marina, y de Hacienda. Constituido así su gobierno, entregó a esos eminentes ciudadanos la dirección del Estado y él volvió a la jefatura de las operaciones militares. Se reincorporó a la Presidencia, después de haber asegurado la paz.

No se crea que se desprecupó de la marcha de la administración. Con Ospina Rodríguez mantuvo una copiosa y admirable correspondencia, y así comunicó al Gobierno altas luces y firme impulso.

Larga de enumerar es la tarea del presidente Herrán: fomento de las exportaciones, mejoramiento de los caminos, protección a las tribus indígenas, enderezamiento de la hacienda pública, censo de población (1.931.684 habitantes), empadronamiento de esclavos, libertad de partos, ensanchamiento de la educación y muchas otras benéficas realizaciones (**Historia de Colombia**, Henao y Arrubla). Basta para acreditar como óptimo este régimen el anotar las siguientes obras:



Discurso del doctor Lucio Pabón Núñez, en memoria del expresidente Pedro Alcántara H.

1.—pacificación de todo el territorio y afianzamiento de la unidad nacional;

2.—implantación del Plan de estudios elaborados por Ospina Rodríguez, en que se atendió sabiamente a la formación integral del hombre;

3.—traída de los padres jesuítas, desterrados por el rey español Carlos III, a regir institutos de enseñanza;

4.—expedición de la Constitución de 1843, en la que se recogieron las mejores enseñanzas de Bolívar y las lecciones de una experiencia política inmediata, por lo que fue un estatuto de ejemplar bondad;

5.—publicación de la utilísima **Recopilación Granadina**, hecha por don Lino de Pombo;

6.—organización de las universidades;

7.—observancia de una política internacional respetable;

8.—bien cuidada imparcialidad de las autoridades ante todas las actividades normales de los partidos políticos.

Si pensamos en las terribles circunstancias en que se desenvolvió la presidencia de Pedro Alcántara Herrán, y en las excelentes consecuencias de

los hechos citados, concluiremos fácilmente que la suya es una de las mejores administraciones en la vida de Colombia.

El diplomático.

Herrán viajó por el viejo continente y por el nuevo. En Europa perfeccionó los estudios realizados en los claustros bartolinos, en los que fue alumno aventajado por la virtud y el conocimiento. Se esforzó por conocer a fondo la causa del progreso de los grandes pueblos; aprendió bien idiomas extranjeros y puso especial atención al dominio del derecho internacional.

Por todo ello y por su ingénita distinción, por su entendimiento privilegiado y por su espíritu recto, se destacó también como diplomático capaz. Refiriéndose a una nota de Herrán, ministro plenipotenciario en Washington, para el gobierno estadounidense, decía Mariano Ospina Rodríguez: "... me ha parecido la obra más acabada de lógica y destreza diplomática". El fin primordial de Herrán en estos terrenos fue el de asegurar para nuestra Patria la soberanía en el Istmo de Panamá y el desarrollo económico de esa comarca. Se empeñó en llegar a arreglos con los Estados Unidos que fueran fundamento de tan nobles ambiciones. Por esta vía celebró con el secretario de Estado de la Unión Americana el Convenio Herrán-Cass, que fue muy discutido entre nosotros en su época y que es un modelo de habilidad diplomática e integridad moral.

El campeador de la paz.

Herrán usó la guerra como medio para llegar a la paz. Su desinterés, su honestidad, su caballerosidad, su limpidez de alma, su poder de comprensión humana, eran cauce para su fortaleza de héroe. Bien sabía y bien nos enseñó que sin la paz no pueden ser prósperos los pueblos. Y que son cimientos de la paz el amor y la tolerancia. Por eso, después de imponerse por las armas, trataba de alcanzar con la benevolencia el sometimiento de los espíritus. No siempre esta conducta de prócer fue suficientemente entendida; y así Herrán sufrió duras críticas cuando condujo la guerra contra los Supremos y sobre todo cuando en la revolución contra Ospina Rodríguez quiso aprovechar una propuesta de transacción hecha por el general Tomás Cipriano de Mosquera, para alcanzar el término de la lucha.

En esta última oportunidad se llegó hasta tildarlo de traidor. Se esgrimió, para hacerle daño, el que su esposa era hija de Mosquera. Podía la inquieta dama doña Amalia tratar de foverecer a su padre; pero, porque conocía a su esposo, jamás intentó desviar a éste del cumplimiento de los deberes de militar, jefe de un partido político y sostén de un gobierno. Pedro Alcántara Herrán era sustancialmente hierro puro, a veces envuelto en seda, pero hierro sin hendidura...

Al comienzo de la guerra contra Márquez, el joven José Eusebio Caro, que acompañó más tarde como ayudante a Herrán en la campaña del

Norte, le escribió una carta en que le pedía ser el unificador nacional, el fundador de la república, deshecha por insensatos sectarismos. Y Herrán satisfizo plenamente los anhelos de Caro.

En el último año de su mandato presidencial dirigió —el 20 de enero de 1845— una alocución a su pueblo. En esa pieza de estadista íntegro abogó “por la unidad nacional, seriamente amenazada por la anarquía, y por la reconciliación de la familia granadina, empleando la clemencia y la indulgencia con respecto a lo pasado”. Cuando sus sentimientos de honor y patriotismo, como él mismo dijo, lo convencieron de que debía retirarse de la guerra, envió el 31 de marzo de 1861 una carta al Procurador General de la Nación, que acababa de encargarse del poder, carta que sobresale por el claro estilo, el fuerte razonamiento, la penetración política y el sentido cristiano. Allí podemos leer expresiones como estas: “No es decir que yo deseo siempre la paz a todo trance; cuando el ho-

nor nacional lo exija, hagamos la guerra, cueste lo que costare, y sostengámosla sin reparar en sacrificios. En nuestras discordias domésticas es difícil decidir qué sea lo que convenga al honor nacional, pues cada partido hace la calificación según sus doctrinas o sus preocupaciones. Yo, no como miembro de un partido sino como miembro de la familia granadina, opiné desde que la guerra amenazaba, y opino ahora lo que nuestro honor nacional exige es el sostenimiento de la paz bajo el régimen legal, y que este gran objeto bien merece esfuerzos y espíritu de conciliación de parte del gobierno, de parte de los Estados, de parte de los bandos políticos colectivamente y de parte de cada ciudadano.... Dadnos, Señor, la paz por medio de un avenimiento fraternal, o por medio de la fuerza, si podéis; pero de uno u otro modo, dádnosla pronto”.

¡Qué bienhechora actualidad tienen, señores, en nuestra Patria los clamores nobilísimos de este bartolino auténtico, de este colombiano gloriosísimo!